

BORGES Y LAS LOTERÍAS DE LA POSTMODERNIDAD**Raúl Bueno**

Dartmouth / San Marcos

Raul.Bueno-Chavez@dartmouth.edu

RESUMEN: Este ensayo argumenta que Borges no sólo previó la cultura de la postmodernidad, sino que además hizo un examen narrativo y hasta una dura crítica de ella. Esta actitud sitúa a Borges fuera del sistema postmoderno y, por consiguiente, no puede ser considerado ni precursor ni miembro de la postmodernidad. Para probar este razonamiento el artículo acude al método abductivo y coteja el relato "La lotería de Babilonia" con aquellas categorías comúnmente asignadas a la postmodernidad.

PALABRAS CLAVE: Borges, modernidad, postmodernidad, lógica abductiva, dispersión, relativismo, incertidumbre, desracionalización, arbitrariedad.

ABSTRACT: This essay argues that Borges not only foresaw the postmodern culture, but also produced a narrative examination and even a harsh critique of it. This attitude situates Borges outside the postmodern system. Because of that, he should not be considered neither a precursor nor a member of postmodernism. To prove this reasoning the article makes usage of the abducting method and compares the short story "The lottery of Babylon" with those categories commonly assigned to postmodernism.

KEYWORDS: Borges, modernism, postmodernism, abductive logic, dispersion, relativism, uncertainty, de-rationalization, arbitrariness.

En otro lugar he argumentado que Borges es considerado un escritor postmoderno, o al menos un precursor importante de la postmodernidad literaria, no tanto porque desmantela y reconstruye a su manera la estructura canónica del relato cuentístico, asunto éste que ha ocupado a no pocos críticos, sino porque introduce en sus relatos una seria crítica a la cultura de la modernidad, básicamente por medio de llevar al absurdo, o al menos a un punto crítico, sus excesos e inconveniencias (Bueno, 2006). En este trabajo me planteo otro riesgo: convencer al lector de que Borges además *previó* el sistema de lo que hoy se entiende como *cultura de la postmodernidad*, observó los elementos que ya comenzaban – y aun los que irían – a constituir la, y hasta adelantó un *examen crítico* – y aun quizá metacrítico – de sus excesos. Esta crítica a la postmodernidad cultural, según veremos parcialmente en lo que sigue, insiste en los mismos recursos de reducción de características al absurdo y presión de factores que ya le habíamos visto aplicar a la cultura previa, hasta hacer que esos factores alcancen su punto de deflagración – si se me permite la metáfora.

Insisto: Borges no es propiamente un escritor postmoderno, sino un *crítico* de los desbordes de la modernidad, que construye sus relatos *incorporando* en ellos su crítica, vale decir, haciéndola parte tanto de su estructura formal como de sus contenidos. En ese proceso constructivo sus relatos devienen distintos – se desnarrativizan, se reducen a sus funciones esenciales, o a meros comentarios argumentales, desautorizan a su narrador,

incluyen al “autor” material, añaden notas al pie de página, y otras originalidades –, al punto que los críticos de su obra – entre ellos, y de diverso modo, Foucault, Hutcheon, Fokkema y Sarlo – se inclinan por hablar de él como un precursor de la postmodernidad literaria, y como uno de sus fundadores. Pero – y es el tema central de esta nota – Borges fue incluso más allá de plantear una acusación a los excesos de la modernidad: señaló narrativamente los peligros de la cultura que hoy llamamos postmoderna, a la que, a mi criterio, vio venir y de la que logró tomar distancia con otra de sus grandes alegorías: la lotería de Babilonia. Todo lo cual hace de Borges un escritor socarrón y conflictivo: a su modo – esto es, de una manera desinteresada de cualquier afiliación seria – moderno y postmoderno, usufructuario y crítico, irreverente y perspicaz, y siempre crítico y aun meta-crítico. Un *post-post*moderno, en suma, si a la expresión le quitamos su insoportable afectación, que la hace prójima de lo ridículo.

La demostración de estas materias quizá sea novedosa, porque no apela ni a la filosofía, que no es mi campo, ni a los registros críticos de moda. Apela, en este caso, al procedimiento de la lógica abductiva – que el vulgo llama intuición – sistematizada por Charles S. Peirce (Herrero 1988). Esta lógica puede ser entendida, en mis palabras, como la inferencia que traslada los particulares de un campo conocido a otro afín, no del todo conocido, con el objeto de revisar la información de este segundo y construir – o al menos reconstruir – su sentido y su verdad. La vemos funcionar con claridad en la investigación policial, en que la información sobre ciertos patrones de conducta criminal son llevados a una escena para aclarar la secuencia y el sentido de los eventos que la originan, y para construir el perfil del sujeto responsable de los mismos. La vemos también operar en todo su esplendor, aunque no con toda claridad, en la llamada intuición materna, en la que no pocos patrones de conducta filial (campos conocidos) son convocados por una conciencia efervescente, mediante procedimientos de orden poético (similitudes, contigüidades, antítesis, ritmos, rupturas de la norma...), para originar de pronto una convicción del tipo: “¡está enferma!”, o “¡ha tenido un accidente!”, o “necesita dinero”. Y operar – ahora el lector lo puede ver más claro – en la llamada intuición poética, que lleva al creador a cruzar campos y sistemas de información conocidos para producir una nueva impresión (una nueva verdad) sobre el mundo y la vida.

En el caso de “La lotería de Babilonia” vemos que ha sido leída por varios como una alegoría negativa de ideologías dogmáticas y regímenes autoritarios (Frisch, 2004). Del fascismo y el comunismo, en concreto, que Borges rechazaba ardorosamente en la época de la publicación de su cuento en la revista *Sur* [1941]. En ellos, se ha argumentado, en nombre de una justicia igualitaria se termina negando el libre albedrío (Sarlo, 1995). Tales lecturas sugieren, con acierto, que esta obra de Borges reproduce y ridiculiza la realidad por vías de su reducción al absurdo. Opino que en esta historia Borges fue más allá que imitar escarneciendo la realidad: la anticipó, mas no meramente por vías de la creación de una alegoría política, sino por medio de la prefiguración de una distopía civilizacional: el caos global y postmoderno que hoy vivimos. Ya en “Tema del traidor y del héroe”, del mismo libro, Borges imagina una situación en que la realidad plagia la literatura: se ejecuta al héroe-traidor teatralmente, a base de modelos shakesperianos y de otras fuentes, de modo que la ejecución no perjudique la causa de la revolución. En “La lotería...” va más allá: escribe una situación absurda a sabiendas – en mi opinión – de que su fábula iría pronto a perder su extravagancia para ser imagen casi fidedigna de la realidad.

Ese “pronto” es ya un ahora. Nuestra realidad ha “plagiado” su visionaria literatura, invirtiendo así la relación natural de la mimesis artística. La escritura de Borges, que según la crítica es precursora de la postmodernidad, es, en verdad, como se ha dicho al inicio, una censura artística de los excesos y anomalías de *ambas*, modernidad y postmodernidad. Más exactamente, una censura que en su plasmación estética hace evidentes los rasgos distintivos de esos desvíos (hace una reflexión indirecta sobre ellos), lo que le permite a gente como Hutcheon o Fokkema vislumbrar y reconstruir el movimiento postmoderno, tal como Borges lo intuyó.

En lo que sigue voy a ilustrar lo dicho. Ello, insisto, sin necesidad de entrar en disquisiciones filosóficas sobre lo postmoderno, sino acudiendo simplemente al cotejo del texto con las categorías más trajinadas por la cultura de la postmodernidad, como dispersión, relativismo, incertidumbre, desracionalización, apelación a la fe, desjerarquización de valores, arbitrariedad, trivialización y otras.

Como en toda otra lotería, en “La lotería de Babilonia” las acciones narradas – no el relato que las cuenta – comienzan con la asignación al azar de premios a los ganadores. Este juego “plebeyo” fracasó, dice Borges, porque solamente apelaba a la “esperanza”. Para devolverle interés se le añadió el riesgo, de modo que con los premios también podían obtenerse multas, a veces importantes. He ahí una primera dispersión del atractivo. Quien no jugaba “era considerado un pusilánime” (Borges, 1974: 457). A quienes no pagaban las multas el juez los condenaba a penas carcelarias. Mas cuando la cárcel se hizo costumbre, los sorteos pasaron a publicar directamente “los días de prisión” correspondientes al número elegido. Esta sustitución “fue de importancia capital”, pues el objetivo del juego ya no era monetario. El éxito subsiguiente obligó a otra dispersión del azar y del interés: “la Compañía se vio precisada a aumentar los números adversos.” (457). Una nueva dispersión, urgida por el pueblo, que veía que los ricos podían apostar a premios que no estaban al alcance de los pobres, democratizó la lotería, que, aunque “secreta”, pasó a “gratuita y general” (458), y cambió del todo la índole de los premios y castigos, que ahora podían ser honores, infamias, altos cargos, servidumbres, mutilaciones, la muerte, o cualquier otra cosa. El poder de la Compañía administradora se volvió supremo, sagrado, arbitrario. Disponía “de astrólogos y de espías”. Podía introducir indefinidos sorteos sobre las circunstancias de obtención de los premios o castigos, como el lugar, el modo, el medio, o el agente de la pena o la recompensa: “Ninguna decisión es final, todas se ramifican en otras.” (459). Así, la unidad inicial se *fragmenta y dispersa* hasta el infinito, se multiplica vertiginosamente la *incertidumbre* (que es palabra usada en el texto – 456), se desvirtúa el saber y se introducen la fe ciega, el engaño y la mentira, que originan las conjeturas y, con ellas, el *relativismo* del conocimiento, del que nos vamos a ocupar una vez más al final de este trabajo.

¿Qué organizaciones de nuestro tiempo reproducen el modelo de dispersión e incertidumbre que hemos destacado en el párrafo anterior? Pienso en algunas, todas extensas, dinámicas, globales, secretas y seductoras –o temibles: la internet, el mercado mundial de valores, las transnacionales, el narcotráfico, los fundamentalismos religiosos y el terrorismo internacional. Todas ellas tienen vastas proporciones, sea en el campo de la información – no del todo controlada por sus oficiantes o “espías” – o en el de sus contingentes de operadores; todas incluyen un fuerte componente de azar o de sorpresa; todas *nos incluyen* de algún modo, no importa en qué situación y capacidad estemos desempeñándonos; y todas conducen a la incertidumbre del conocimiento: poco sabemos de

sus verdaderos alcances, peligros y ventajas, y de sus mentiras, engaños y secretos, aunque hayamos experimentado sus “glorias”, o sus consecuencias catastróficas. La internet, digamos abundando en uno de los babilónicos sistemas que emplean signos y valores, ha entrado hace rato en una dispersión estelar, multiplicando explosivamente la información redundante, incompleta, divergente, contradictoria, falsa, obscena, precaria y banal, al punto de oscurecer la información legítima y útil entre miríadas de signos innecesarios para la mayoría de los mortales. A muchos – que son legión – los ha perdido en absurdas rutinas de viciosas y agotadoras consultas inútiles. A todos su examen nos lleva invariablemente por los vastos caminos del azar, o los caprichos de “astrólogos” que a cada momento nos saltan al paso y nos retienen en su obstinada información superflua. Y no estamos exentos de sus peligros, como la inoculación de gusanos y virus electrónicos, la implantación de galletas de sujeción y control, el robo de información privada, y aun la destrucción de nuestro acopio informativo y sus medios: una verdadera lotería de Babilonia, a la que entramos complacientes, tal vez más a la búsqueda del riesgo y el castigo que del prometido premio.

Lo propio habría que decir, cambiando lo que hay que cambiar, del mercado internacional de valores, comenzando por su – y debo insistir en la palabra – babilónica sede mayor: Wall Street. ¿Podemos escapar de sus efectos? ¿Sabemos con certeza si vamos a ganar o perder en ese mercado? ¿Lo saben sus demiurgos, aquellos que capitalizaban hasta hace poco a manos llenas y que de pronto lo pierden todo, o les hace perder casi todo a quienes apostaban por un retiro tranquilo y una vejez cubierta? “Bajo el hechizo bienhechor de la Compañía [escribe Borges] nuestras costumbres están saturadas de azar.” (460). Nada más cierto. En nuestro tiempo, no es, pues, necesario acudir a fallidas o erradas utopías sociales para encontrar la dispersión y el caos alegorizados por Borges: basta echar una mirada en redondo para hallar las distopías postmodernas que él anticipó.

Hay más sobre la incertidumbre cognoscitiva en este relato. El narrador, como se ha dicho, no sólo profiere la palabra “incertidumbre”, sino que parafrasea su contenido en algunas ocasiones, especialmente cuando se refiere al desconocimiento que tienen él y los babilonios de ciertos aspectos de la lotería. Mas la mayor incertidumbre contenida por el relato fluye del relativismo cognoscitivo en que aquellos viven: los historiadores engañan, contaminan de ficción la historia de la Compañía, “[n]o se publica un libro sin alguna divergencia entre cada uno de los ejemplares. Los escribas prestan juramento secreto de omitir, de interpolar, de variar.” (460). De ahí que en la página final, cuando el narrador debe dar cuenta de la naturaleza de la Compañía, acude a cuatro versiones distintas: ella ya no existe y “el sacro desorden de nuestras vidas es puramente hereditario”; ella es eterna; ella es omnipotente, pero “influye en cosas minúsculas”; y, finalmente, “*no ha existido nunca y no existirá*” (460 – itálicas en el original). Para tocar sólo un caso de la realidad actual – postmoderno no tanto por su mecanismo de base, sino por la absurda vastedad de sus proporciones – la reciente pirámide “financiera” de Bernard Madoff en los Estados Unidos ¿no es una plasmación viva de la dispersión de versiones alegorizadas por “La lotería de Babilonia”? En efecto, resultó ser una gigantesca operación fraudulenta de inversiones cuya definición puede ser, a su manera, en gran parte cubierta por estas cuatro versiones de la Compañía. Su colosal mentira, la proliferación masiva de sus engañosos signos, su supuesto poder, su precaria – casi nula – estructura y la súbita volatilización de recursos y esperanzas a la que dio lugar así lo atestiguan: la máquina de inver-

siones Madoff ya no existe, y sin embargo es “eterna” (en cuanto magneto para la codicia), inútilmente todopoderosa, y en puridad fue siempre inexistente.

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis (1974): *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires, Emecé Editores.
- BUENO [CHÁVEZ], Raúl: “Borges y la condición postmoderna: Otras consideraciones”, en *Variaciones Borges 22*. Iowa City, The Borges Center at the University of Iowa. Ottawa, University of Ottawa, 2006, pp. 239-252.
- FOKKEMA, Douwe Wessel (1984): *Literary History, Modernism, and Postmodernism*. Amsterdam/ Philadelphia, J. Benjamins Pub. Co.
- FOUCAULT, Michel (1970): *The Order of Things*. New York, Pantheon.
- FRISCH, Mark (2004): *You Might Be Able to Get There from Here. Reconsidering Borges and the Postmodern*. Madison, Fairleigh Dickinson University Press.
- HERRERO, Ángel (1988): *Semiotica y creatividad: La lógica abductiva*. Madrid, Palas Atenea Ediciones SA.
- HUTCHEON, Linda (1980): *Narcissistic narrative: the metafictional paradox*. Waterloo, Ont.: Wilfred Laurier University Press
- SARLO, Beatriz (1995): *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires, Ariel.

© Raúl Bueno



<http://lejana.elte.hu>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C